

La guerra de las piedras, los palos, las balas de goma y los gases no conoce un frente fijo. Su escenario son las callejuelas de Gaza y Cisjordania donde un contingente de 10.000 soldados israelíes mantiene en arresto nacional a medio millón de palestinos. El conflicto, de más de cuatro décadas entre estos dos pueblos condenados a entenderse, sigue sin conocer vías de solución.

PALESTINA

CRONICA DE LA GUERRA ETERNA



Por M. A. Bastenier

En junio de 1967, tras una guerra que los vencedores bautizaron de los *Seis Días*, Israel ocupaba la orilla occidental del Jordán y la parte árabe de Jerusalén, hasta entonces bajo soberanía de Jordania, las colinas del Golán, tomadas a Siria; y la franja de Gaza, controlada por Egipto.

A los 20 años de la derrota de los ejércitos árabes, Israel se ha anexado el Golán, ha comenzado un proceso de colonización voraz en Cisjordania, y mantiene su administración sobre Gaza, aunque éste es el único de los territorios ocupados que abandonaría sin pena mediante un acuerdo de paz. Pero Cisjordania, Golán y Gaza tienen algo en común; se hallan bajo la administración directa del ejército israelí.

Durante esas más de dos décadas el aparato militar de Tel Aviv ha actuado como un Estado dentro del Estado, alternando el palo estrepitoso con la zanahoria dubitativa, al reprimir violentamente cualquier disidencia política y al tratar en otros momentos de atraerse a los notables palestinos. Sin embargo, en esos 20 años Cisjordania y Gaza han permanecido básicamente en calma. El hecho que ha cambiado la faz de la dominación israelí es el de que desde hace dos meses crepita en esos territorios una revuelta popular visiblemente espontánea, la de los *shahab*, los jóvenes nacidos durante la ocupación que no han conocido más amos que los militares hebreos, y que no vacilan en hacerse matar para expresar su frustración y su impotencia ante el despotismo de la fuerza. Desde 1967 las autoridades militares han despojado a los 900.000 palestinos de Cisjordania del 53% de su tierra en beneficio de 65.000 colonos judíos, y de un tercio de la de Gaza —habitada por 650.000 árabes— en favor de 2700 israelíes. Tres de cuatro habitantes de este territorio tienen menos de 25 años; más de un 50% de los palestinos de Cisjordania se hallan en idéntica situación; la totalidad de los alcaldes de uno y otro territorio son nombrados por las fuerzas ocupantes.

Cuando en 1972 y 1976 los israelíes trataron de organizar elecciones municipales, la Organización para la Liberación de Palestina logró que la gran mayoría de los elegidos fueran afectos a la organización, con lo que todo el trabajo resultó en balde. Las autoridades militares pueden mantener a los sospechosos hasta seis meses en prisión preventiva, y se puede sospechar de una amplia gama de actividades delictivas a saber, izar la bandera palestina. Los desalojos legales de las viviendas árabes se hacen sin mandamiento judicial, y cualquier atisbo de actividad política procura el arresto domiciliario o la detención en la propia localidad: el des-





tierro a no cruzar los límites municipales. Un contingente de 10.000 soldados israelíes tiene en arresto nacional a millón y medio de palestinos, y se enfrenta sin escatimar dureza a los más de 300.000 jóvenes en edad de relevarse en la guerra de piedras y palos contra el ocupante.

Desde la guerra de 1967 una variedad de planes y resoluciones internacionales han encarado el problema ofreciendo pautas diversas para poner punto final al drama. La directiva 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ordenaba en 1967 a Israel la retirada de los territorios ocupados, al tiempo que proclamaba el derecho del Estado hebreo a vivir tras fronteras seguras y reconocidas; y la resolución 338 completaba el mapa político en 1973 al reconocer el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación con fronteras a delimitar en el marco de los citados territorios.

En 1978 el presidente norteamericano Jimmy Carter, el egipcio Anwar El Sadat y el primer ministro israelí Menajem Beguin firmaban los acuerdos de Camp David en Estados Unidos, por los que Tel Aviv abandonaba el Sinaí, conquistado también en 1967, Egipto reconocía a Israel y el Estado hebreo otorgaba la autonomía a la Cisjordania a completar en un plazo de cinco años.

Los desacuerdos comenzaban, sin embargo, donde concluía la letra escrita, puesto que Carter y Sadat entendían que aquellos protocolos implicaban una evolución hacia un Estado palestino en Cisjordania y Gaza, mientras Beguin decía: *connais pas*; que él no había firmado nada.

Al cabo de cinco guerras árabe-israelíes 1982 podía haber sido el año de la paz. En setiembre de ese año en la ciudad marroquí de Fez,la Liga Arabe aprobaba el plan Fahd, que tomaba su nombre del monarca saudí. En el mismo se ofrecía, aunque de forma sólo implícita, el reconocimiento del Estado israelí a cambio de la retirada de todos los territorios ocupados, incluido el sector árabe de Jerusalén, y la formación de una entidad nacional palestina en Cisjordania y Gaza. Por su parte, el líder de la OLP, Yasir Arafat, multiplicaba declaraciones ante auditorios internacionales en favor de un reconocimiento simultáneo entre Israel y la OLP como paso para la convocatoria de una conferencia internacional en la que los dos organismos nacionales serían los grandes interlocutores. La permanente respuesta negativa de Israel se basaba en la convicción de que las palabras de Arafat lo eran en doble versión, una para consumo mundial y otra de puertas palestinas para adentro, y quizá más sólidamente, en que el líder árabe no podía prometer lo que no era capaz de imponer a su disidencia radical.

Los Estados Unidos, que habían hecho posible con el plan Kissinger el comienzo de la retirada israelí del Sinaí tras la guerra de 1973, presentaban, por su parte, el contraplan del presidente Reagan también en 1982. Según esta fórmula, Israel debía retirarse total o parcialmente de los territorios ocupados en los que el pueblo palestino formaría una entidad autónoma vinculada federalmente con Jordania, que recuperaría así sus fronteras anteriores a 1967 más la adición de Gaza. Ni Arafat ni la derecha israelí, en el poder con el partido Likud, querrían saber nada de la idea.

Hoy, las espadas permanentemente en alto han degradado cualquier idea de progreso. El Likud que dirige el primer ministro israelí Isaac Shamir sólo está dispuesto a discutir un plan de autonomía administrativa aunque sin retirar la panoplia militar de los territorios; el laborismo de Simón Peres, coligado en el gobierno de unión nacional con el Likud, aceptaría la conferencia internacional pero con palestinos independientes de la OLP y aun ello dentro de una delegación jordana; Arafat, finalmente, se mantiene en la tesitura de Fez.

¿Cuáles son hoy por tanto, las opciones que se le ofrecen a Israel para poner fin a una insurrección, cuyos muertos se cobran mucho más en el crédito internacional del Estado hebreo que en la desesperación inagotable de los *shahab* de Cisjordania y Gaza?

El primer curso y menos imaginativo sería el mantenimiento de la ocupación militar y las medidas represivas; el segundo, el más cargado de graves presagios de guerra, la anexión de estos dos territorios como ya se hiciera con el Golán en 1981; el tercero, la negociación sin precondiciones con el único interlocutor posible, la OLP, aunque con garantías previas de reconocimiento mutuo y de vigilancia internacional del cumplimiento de los acuerdos.

Si éstos a la postre no se produjeran no se habría perdido nada salvo el tiempo. Y tanto israelíes como palestinos obran como si tuvieran amplia provisión de esa materia prima.

Cuatro décadas de conflicto

NADA DURA SIEMPRE

Por Andrés Collado González y José María Ridao

La reciente rebelión de los palestinos sometidos al control militar israelí no puede ser considerada como un episodio esporádico, desligado de las razones profundas que operan en el conflicto de Medio Oriente, pero tampoco como un avance espectacular en el camino de la emancipación del pueblo palestino.

Cuando las tropas israelíes se apoderan de nuevas partes de Cisjordania y de la franja de Gaza en el curso de la guerra de 1967, las reivindicaciones árabes, dirigidas hasta entonces a recuperar, al menos, las zonas perdidas en la guerra de 1948, se fueron progresivamente limitando a solicitar la retirada de las últimas anexiones territoriales. Ello permitió esbozar una doctrina según la cual toda nueva expansión de Israel en Medio Oriente conducía a una consolidación de su presencia en los territorios anexionados con anterioridad. Esta doctrina, eficaz en la medida en que ha permitido mantener la ocupación durante más de 20 años, presentaba el inconveniente de que, ante un fracaso de cualquier nueva campaña de expansión, se produjera, automáticamente, un cuestionamiento internacional de la política israelí sobre los territorios cuyo control trataba de consolidar.

La campaña de Líbano, en la que, a pesar de la fulgurante ofensiva que condujo a las tropas israelíes hasta Beirut, la presión internacional forzó al gobierno de Tel Aviv a dar la orden de retirada, hizo real aquel pronóstico, de forma que los territorios ocupados pasaron al primer plano de la lucha por la liberación palestina. Las medidas militares con que las autoridades israelíes han hecho frente a los recurrentes brotes de violencia que se producen desde entonces no han conseguido, probablemente, más que radicalizar el enfrentamiento. En este contexto, donde a la crisis de la doctrina expansionista judía se une la progresiva degradación de la situación económica y social en los territorios ocupados, la Comisión Política Especial de Naciones Unidas vino a poner de manifiesto en el curso de la sesión celebrada el pasado mes de noviembre que, durante 1987, los derechos humanos de los palestinos que habitan Cisjordania y Gaza habían sido violados en mayor medida que otros años.

Pérdida de la cuestión

Junto a ello, el curso de los recientes acontencimientos internacionales, en especial la *cumbre* extraordinaria de la Liga Arabe en Amman y el encuentro mantenido por Reagan y Gorbachov en Washington, hacía presagiar una pérdida de protagonismo de la

BEIRU
LIBANO
DAMASCO
SIRIA
MAR MEDITERRANEO
TEL-AVIV
NABULUS
CISJORDANIA
JERUSALEN
GAZA
AMMAN
BELEN
ISRAEL
MAR MUERTO
EGIPTO
JORDANIA

cuestión palestina en la esfera internacional. La *cumbre* de jefes de Estado árabes, lejos de hacerse eco del incremento de la violencia en los territorios ocupados, centró su atención en el conflicto del Golfo. En muchos medios se consideró que tal actitud podía significar una victoria de las tesis jordanas sobre el proceso de paz, en tanto en cuanto una hipotética negociación bilateral con Israel exigiría, en efecto, que la cuestión palestina pasase a un segundo plano. El encuentro de Washington, por su parte, defraudó las esperanzas de los palestinos, quienes creían que el clima de distensión iniciado por Reagan y Gorbachov podría traducirse, además,en el acuerdo INF, en un compromiso de las superpotencias para la pacificación de Medio Oriente.

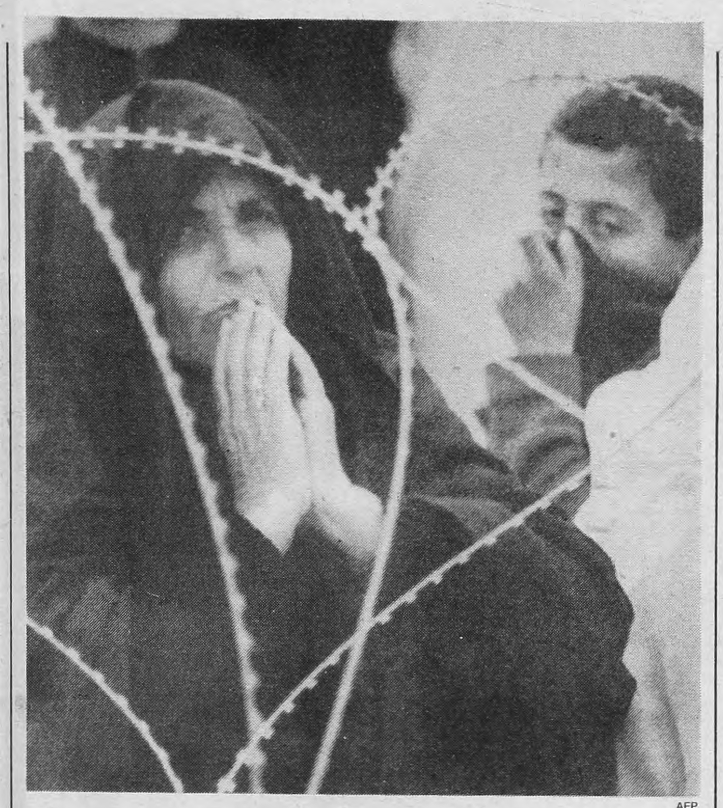
A principios del último diciembre, el clima estaba ya suficientemente enrarecido como para que una oleada de muertes, inscriptas en un círculo de venganzas y contravenganzas entre refugiados palestinos y colonos y militares judíos, acabara desencadenando la mayor manifestación de protesta que se ha vivido en 20 años de ocupación. La represión del Ejército israelí ha arrojado, hasta el momento, un balance de 50 muertos, más de 300 heridos y 2000 personas en prisión. Pero, al lado de estas aterradoras cifras, conviene no perder de vista la influencia que los últimos acontecimientos en los territorios ocupados pueden tener en el proceso de paz de Medio Oriente. Quienes mantienen una visión pesimista se apoyan en el hecho de que la Coalición del Alineamiento agrupada en torno al laborismo israelí, hasta ahora una de las formaciones políticas más permeables a la negociación, ha cerrado filas detrás de las posiciones del Likud, cegando por el momento todas las posibilidades de salida acordada.

Quienes, por el contrario, piensan que los acontecimientos que tienen lugar en Cisjordania y Gaza podrían influir positivamente en el proceso de paz, lo hacen sobre el convencimiento de que Israel no dispone ya de un amplio margen de maniobra. Primero, porque la posición mantenida por los sectores más duros de negociar bilateralmente con sus vecinos árabes, haciendo abstracción de la cuestión palestina y de la OLP, no parece posible, ya que conflictos como el que se está viviendo en los territorios ocupados ponen en cuestión los avances que puedan conseguirse por esa vía. Segundo, porque, como ha puesto de manifiesto una gran personalidad política israelí, el mantenimiento de la ocupación, con todas sus implicancias demográficas, coloca al Estado judío frente a un dilema de difícil solución. Por una parte, la concesión de la nacionalidad israelí a los palestinos de los territorios ocupados sería tanto como dejar que una nación extranjeras influyese, por la vía de la representación, en las decisiones políticas de Tel Aviv. Por otra, la perpetuación del estatuto de refugiados para los habitantes de Cisjordania y Gaza, además de hacer inevitables los recurrentes brotes de violencia, representaría para Israel una amenaza de resultado imprevisible, pues se prevé que, en el curso de los próximos 12 años la población palestina supere a la israelí.

Sea cual fuere el resultado a que conduzca la presente ola de violencia, parece claro que la opinión internacional puede tener, en esta ocasión, un peso más decisivo que habitualmente. Tal peso no deriva, como sucede en otros conflictos, de su posible efecto disuasor sobre quienes preconizan soluciones extremas, sino de su contribución para hallar un lenguaje común entre las partes. Hasta hoy, el conflicto que enfrenta a los árabes —no sólo a los palestinos— con Israel ha discurrido al margen de las soluciones propugnadas por el derecho de gentes. Este desprecio de las fórmulas decantadas por una disciplina que, durante siglos, ha tratado

AFP





AFP

de propiciar el arreglo pacífico de los contenciosos internacionales no se debe tanto a la voluntad perversa de unos y otros, cuanto al empleo de un discurso moral por el que se concedía un singular derecho de legítima defensa, válido contra todo y en cualquier circunstancia, a quienes, ciertamente, sufrieron una de las persecuciones más atroces de la historia. Hoy ese discurso debe cesar, no para decir que las víctimas de ayer son los verdugos de hoy, sino para reconocer que los contendientes son sencillamente partes, y que, en el futuro, el proceso de paz debe utilizar un solo rasero, pues, en el ámbito moral, ya nadie puede convalidar sus miserias con sus grandezas.

Uno de los fenómenos más largamente constatados en Medio Oriente es que toda paralización aguda del proceso de paz conduce, sin apelación posible, a la irrupción de ciclos de violencia. En este sentido, los graves enfrentamientos que desde hace más de tres meses tienen por escenario Cisjordania y la franja de Gaza vendrían explicados por el estancamiento que afecta a las negociaciones de paz desde el pasado mes de junio. La interrelación de estos elementos nos conduce directamente al examen del estado del proceso de paz, así como de las causas que motivan su actual punto muerto. Con este fin, es preciso señalar que el término *proceso* aplicado a las propuestas de paz para el contencioso de Medio Oriente viene motivado tanto por la sensación de que una solución no es previsible a corto plazo, como por el abundante número de planes que, impulsados por diversas personalidades, países y organizaciones internacionales, han tratado de hallar una salida al problema.

Constante

Desde la creación del Estado de Israel en 1948, el Medio Oriente ha vivido en una constante situación de conflicto. Guerra compleja como ninguna, el contencioso que enfrenta a los diversos pueblos de la zona ha ido experimentando una lenta evolución, salpicada de sangrientos choques armados, en la que los objetivos de las partes han buscado adaptarse al curso de los acontecimientos. En el período que va de la retirada británica hasta 1952, el conflicto de la zona mencionada se caracteriza por ser una lucha generalizada de los árabes contra el nuevo Estado constituido por las comunidades judías. El bloque árabe, inflamado de pensamiento nacionalista, intervenía no sólo en nombre de los palestinos sometidos por Israel, sino más bien de la gran patria común intuida por Gamal Ad-Din al Afgani. Las dramáticas consecuencias de este planteamiento, apoyado más en una retórica propia del momento de la descolonización que en logros reales, se han dejado sentir durante largo tiempo, haciendo que el carácter nacional de las reivindicaciones palestinas quedara diluido, tanto para amigos como enemigos, en el conjunto indiferenciado del panarabismo. La segunda etapa del conflicto de Medio Oriente coincide con el liderazgo de Nasser. Tras un corto período en que el general Neguib ostenta la presidencia de la República, el dirigente de los Oficiales Libres se convierte en el hombre fuerte de un país, Egipto, que, bajo su mandato, llegará a ser una potencia regional de primer orden. Por lo que se refiere al proceso de paz, Nasser no abandonará el ideal panárabe, sino que tratará de utilizar su prestigio personal, indiscutible desde el conflicto de Suez, para tomar iniciativas que, como la RAU de 1958 o la de 1968, lo conviertan en realidad. Pero,

AFP

probablemente, más decisivo para el proceso de paz que esta dimensión nacionalista del gobierno de Nasser, saldada con un exiguo balance, fue el cambio que el régimen de los Oficiales Libres acabó produciendo en el equilibrio geoestratégico de la región. En este sentido, la guerra de 1956 fue el acontecimiento determinante porque, aunque el gobierno norteamericano se apresuró a imponer el fin de las hostilidades a sus aliados, lanzados contra Egipto como respuesta a la nacionalización del canal de Suez, no pudo evitar las consecuencias políticas de la crisis. En primer lugar, Nasser aparece como el gran vencedor de Suez. En segundo lugar, el régimen de los Oficiales Libres se vuelve hacia la Unión Soviética, lo que pondrá de manifiesto una nueva perspectiva del conflicto: *la geoestratégica*.

La aproximación entre El Cairo y Moscú va a estar estrechamente vinculada a la evolución del régimen de Nasser. De este modo, la Guerra de los Seis Días no sólo representará un punto de inflexión para el prestigio del líder egipcio, sino que marcará también el inicio de la crisis que, poco tiempo después, congelará las relaciones entre los dos países. Nasser se lamentaba de la lentitud con que la Unión Soviética había reaccionado al contundente ataque lanzado por los israelíes contra las fronteras de sus vecinos árabes, y que condujo a la pérdida del Sinaí, los altos del Golán y los territorios de Cisjordania y Gaza. La guerra de 1973, iniciada ya bajo la dirección de Sadat, no hizo más que profundizar las diferencias entre El Cairo y los dirigentes del Kremlin. El nuevo presidente egipcio se quejaba, al igual que Nasser en 1967, del tibio apoyo recibido de la parte soviética, que contrastaba con la abierta ayuda que Estados Unidos había prestado a Israel. Este hecho va a propiciar un nuevo giro en la dimensión geoestratégica del conflicto, ya que Sadat, decepcionado de los soviéticos, va a iniciar una nueva aproximación a Estados Unidos que, de esta forma, incrementará su presencia en el área. Esta reforzada presencia norteamericana neutralizaba, al menos de manera provisional, el debate sobre la influencia que debía prevalecer en la zona permitiendo así entrar en una nueva fase del conflicto, en la que la negociación entre las partes aparecía como una solución.

Vía bilateral

La vía bilateral hacia la paz que, sobre la premisa de la neutralización momentánea del conflicto geoestratégico, se inicia en estas fechas va a poner de manifiesto que la inclusión del nacionalismo palestino en el conjunto de la idea panárabe no parece ya aceptable. A partir de 1973, una cosa es el conflicto que enfrenta a Israel con sus vecinos árabes y otra diferente, aunque no sin múltiples conexiones, el conflicto que enfrenta a los palestinos con el gobierno de Tel Aviv. Porque, efectivamente, un análisis detenido de la situación en que se encuentra en la actualidad el conflicto de Medio Oriente conduce a la delimitación de los tres niveles que se han ido superponiendo en este inacabable contencioso. Surge así, una *dimensión local*, que enfrenta a los nacionalistas palestinos con los judíos. A continuación, es posible distinguir una *dimensión regional* que, sobre la base de controversias territoriales, pone a Israel frente a frente con los países árabes vecinos. Por último, late una *dimensión geoestratégica* que, desde la crisis de Suez, ha trasladado la pugna Este-Oeste a Medio Oriente.

Ante esta dramática realidad, las potencias deseosas de hallar una solución han elaborado dos aproximaciones. La primera de ellas es la bilateral, según el modelo establecido en los acuerdos de Camp David, y que consiste en abrir una ronda de negociaciones directas entre Israel y sus vecinos árabes. Las limitaciones de esta aproximación se concretan en que, por un lado, considera zanjada la dimensión geoestratégica del conflicto, cuando lo cierto es que lo único que existe es una importante presencia norteamericana en el área que no está exenta de riesgos en el futuro.

Por otro lado, la aproximación bilateral tiende, si no a ignorar, sí al menos a desequilibrar en favor de los israelíes la dimensión local del problema. Por ello, la sociedad internacional está tratando de perfilar una segunda aproximación, esta vez multilateral, que trate de dar simultáneamente una respuesta a los tres niveles del conflicto. Esta nueva aproximación multilateral, cifrada en la convocatoria de una Conferencia Internacional para Medio Oriente, se presenta hoy como una de las pocas vías para conseguir esa paz justa y duradera a la que aspiran todos los pueblos de la región.

Andrés Collado González es subdirector general de Medio Oriente y *José María Ridao* es director jefe de Oriente Próximo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España.

AFP

AFP.

MERCADO EN TOQUE DE QUEDA

Por Walter Goobar

En las afueras del campamento de refugiados Nuseirat, en la Franja de Gaza, tropas israelíes pisotearon el pan y las verduras confiscados a un grupo de mujeres palestinas que habían violado el toque de queda impuesto siete días antes, durante la séptima y más sangrienta semana de choques entre palestinos e israelíes, para ir al mercado.

Aquellas mujeres que durante generaciones fueron educadas en la sumisión al hombre, a las que no se les permite siquiera mirar a los ojos a alguien que no sea su marido, desafiaron a los jóvenes imberbes de uniforme verde atrincherados detrás de fusiles M-16, escopetas lanzagases y metralletas. Cuando el grupo recriminó a los soldados los constantes cortes de agua, electricidad y teléfono, implementados por las autoridades israelíes para sofocar la rebelión, el camarógrafo dejó el plano general de la escena que estaba filmando para concentrarse en el rostro de una de las mujeres. De allí la cámara hizo un paneo para registrar la expresión del soldado que tenía enfrente.

Para cientos de miles de espectadores de la televisión israelí, que esa noche vieron las imágenes en sus hogares, el hecho brutal, —pero al fin de cuentas incruento— no fue motivo de mayor interés. No en vano, el diario conservador *Yedioth Aharonoth* publicó en esos días, más exactamente el 25 de diciembre, una encuesta en la que el 69 por ciento de los israelíes reclamaban mano dura contra los palestinos.

Aquel reportaje, en cambio, interesó profundamente a uno de los asesores del gabinete de Yitzhak Shamir en temas económicos. Días antes había reiterado al gobierno israelí su consejo de que —más allá de las consideraciones políticas—, los territorios de Gaza y Cisjordania siguen siendo demasiado rentables para ser devueltos. Frente a las imágenes que se sucedían en la pantalla, el funcionario hizo una rápida y tajante reflexión al más puro estilo israelí: la guerra de las piedras se está transformando en la guerra de los estómagos, sentenció. En ese instante, su mano sudorosa apretó inadvertidamente la botonera del selector de canales interrumpiendo la secuencia. En la pantalla apareció el canal jordano de TV que se capta perfectamente en Jerusalén y que en ese momento emitía la brutal promesa del ministro de Defensa Yitzhak Rabin de liquidar la rebelión con "poderío, fuerza y castigos". El asesor respiró aliviado.

En los últimos veinte años, la economía israelí ha experimentado una creciente dependencia de la mano de obra barata provista por los territorios ocupados. Alrededor de 120.000 palestinos de la Franja de Gaza y Cisjordania trabajan hoy en Israel desempeñándose, generalmente, en las labores que los nativos rechazan. Otros 20.000 palestinos, que no aparecen en las estadísticas, forman parte del mercado negro de fuerza de trabajo en el que no existen impuestos ni aportes de ningún tipo. Cobran una paga en efectivo al final de la jornada laboral.

Cada madrugada, alrededor de las 4, desde una explanada lindera con alguna de las murallas de la ciudad vieja de Jerusalén, se produce —en su versión moderna— el milenario tráfico de seres humanos que esperan ser elegidos por un capataz para poder trepar a un camión que los lleve a cosechar los afamados pomelos y naranjas de Jaffa que hacen las delicias exprimidos por los europeos y norteamericanos durante las cuatro estaciones.

Sin embargo, a partir del reciente estallido de violencia, Israel pierde varios millones de dólares diarios. Solamente un tercio de la mano de obra palestina que habitualmente trabaja en Israel, concurre a sus labores. Toneladas de frutas y verduras se pudren en los campos que no han sido cosechados. La industria textil y la de la construcción, que dependen de la fuerza de trabajo palestina, también se encuentran virtualmente paralizadas. El año pasado, los trabajadores de Gaza ganaron 550 millones de dólares en Israel lo que totaliza el 75 por ciento del presupuesto de la región. Gracias a estos salarios, en términos puramente económicos, el nivel de vida en Gaza es hoy muy superior al existente veinte años atrás bajo el dominio egipcio. En aquella época el ingreso per cápita era de 80 dólares anuales, mientras que en la actualidad asciende a 1000. Claro está que los israelíes, tienen hoy un ingreso de 6000 dólares anuales per cápita.

Más allá de los dolores de cabeza, para Israel los territorios ocupados han sido, ante todo, un buen negocio. Según la revista *U.S. News and World Report*, en 1987 Israel invirtió 240 millones de dólares en servicios sociales, pero recaudó 393 millones en impuestos. Los empleadores israelíes hacen las correspondientes retenciones impositivas y los aportes sociales, pero los trabajadores palestinos no tienen acceso a los beneficios de la seguridad social israelí. Los territorios ocupados son el tercer mercado en orden de importancia, para las exportaciones israelíes, absorbiendo mercaderías por valor de 780 millones de dólares, lo que a su vez, genera un beneficio comercial para Israel del orden de los 491 millones de dólares. Además, Israel ha ocupado un 40 por ciento de las tierras cultivables en Gaza y un 53 por ciento en Cisjordania. Como resultado de la política de confiscación y de asentamientos, los 2700 israelíes que viven en Gaza fuertemente custodiados consumen un tercio del agua disponible. Los 650.000 habitantes deben contentarse con los dos tercios restantes y les está prohibido excavar pozos propios, porque el agua es un monopolio que el Estado administra —literalmente— con cuentagotas.

Cuando terminó el noticiero, la televisión jordana comenzó a emitir uno de esos melodramas que en épocas de calma hacen lagrimear a tantos palestinos, árabes e israelíes como los gases, los bastonazos y las balas de goma durante los enfrentamientos. El tecnócrata asesor de Shamir sintonizó nuevamente el canal israelí. El reportaje sobre la confiscación de frutas y verduras había concluido cuando una de las jóvenes madres le gritaba a los soldados: "Si es necesario, vamos a alimentarnos con la corteza de los árboles, como los animales".

Ahora, las noticias trataban sobre el Banco de Israel. El hombre de gobierno recordó casi textualmente las conclusiones de un estudio sobre el impacto que un acuerdo político tendría en las economías de Israel y de los territorios ocupados: "Bajo ninguna circunstancia se puede bajar una cortina de hierro entre Israel y los territorios, y el libre tráfico de trabajadores y productos debe continuar", sentenciaba el informe que él mismo había redactado a finales de la década del setenta por encargo del Banco de Israel. Aburrido, el asesor de Shamir apagó el televisor. No había escuchado la réplica final de la mujer de Nuseirat.

